

Vida o letanía de un tono

Emilio Garbino

A veces, personas que no trabajan con la filosofía la aprecian como si fuera una actividad tan profunda como compleja, y por esto último difícil, para la que hace falta inclinación, capacidad, talento o vaya a saber qué otra cosa. Más allá de la impericia natural entre el que practica y el que no, entre el que se dedica y el que no, hay algo que se suele señalar como rasgo típico, aparte, claro, de la propensión a activar la pregunta y la improvisación del mundo de las ideas como si éstas fuesen el alma de aquél. Será acaso que esta actividad ostenta de alguna manera un ser proclive a los plurales de las coincidencias y los parecidos, a las identificaciones sintéticas de lo universal, dimensión ésta no considerada, muchas veces, natural o necesaria en la vida, al punto que se gana la indiferencia del hombre “común” —¿quién será éste? La voz, las voces de los hombres que andan sueltas traspasando los límites del tiempo y regalando perspectivas posibles sobre todas las cosas. Creo que uno de los significados de *logos*, sería pues simplemente eso, lo que se hace escuchar, lo que alguien tiene para decir, a sí o a otros, la entraña de un sentir afectado por el simple hecho de estar vivo en el mundo junto a otros y abrazado por un entorno fiel e imprevisible.

Seguramente es un problema menor de la filosofía el de señalar cómo es receptada esta actividad en un sentido bien amplio, esto es, uno que pudiera mostrar lo que ella genera a nivel de opinión, ideas y juicios respecto a lo que ella es o puede ser. Tal vez es más entretenido desplegar directamente su manera de ser característica, su tonalidad propia haciéndose, que señalar el eco de su nombre como si ello fuese ejemplo de lo que ella hubiera logrado imprimir en los hombres. ¿Qué hay para decir de la filosofía? Se podría empezar por el *amor* que en ella se nombra, ya que

en tanto fuerza sentida y gastada no con otras personas sino con el pensamiento —o sabiduría, es lo mismo—, se trata de algo cuyo contenido u objeto de inclinación podría ser del orden de la libertad, es decir, algo que se hace sin estar sujeto a necesidades visibles pero que además tiene una potencia de movimiento capaz de trazar caminos, inventar nombres y relatar relaciones creíbles de palabras con especial encanto y densidad. También podría ser que este amor que la nombra se traduce como ímpetu de un espíritu cuando descubre o inventa elementos variados que aparecen o desaparecen de acuerdo al delicado balance que flota en la vida como su misma potencia libre, alegre, inteligente, sensible...

Como distintos movimientos de danza. Unas veces aérea, ondulando regiones que se funden según óptica de demiurgo, sin límites, poniendo en la mira ese extraño lujo de los nombres comunitarios, las ideas, intempestivas pero que de alguna manera vuelven y son las mismas. Otras, sin despegar los pies del suelo, con la confianza irrefutable de los sentidos enamorados de la materia del mundo, la fruición física que también nos salva. El movimiento del primer caso nombra una de las máscaras de la filosofía, tal vez la más histriónica por tener en su poder la voz de lo invisible que quisiera ser sostén, fundamento, necesidad; aunque a veces pocos llegan a ver eso que no se ve. “En nombre de” se hacen circular conceptos afilados, con pretensiones de *pureza* o asepsia, como si esa meta fuera garantía de abarcabilidad total, desterritorializada; el presente queda diferido y por ello mismo repetible, sin el freno impuesto por contacto con lo singular, libre de contingencia, se dirá. De esto último se hace cargo el segundo movimiento, y considera que *soltarse*, *elevarse* o actos similares, son sí, una tentación congénita, pero dejarse llevar sería, en tal caso, simplemente hacer abstracciones *sin* mundo.

La filosofía se ha encargado con suficiente frecuencia de hacer de este asunto el suyo y, con encanto y con recelo, su eco coloquial resulta exótico aunque respetable, con intensidad atractiva y alejada a la vez: fábrica de *simulacros* flotantes y tan pequeños como para ser todas las cosas; las cosas son *representadas*, y aunque no sea muy creíble que habiéndose desdoblado así el asunto pueda mantenerse, la filosofía, todo lo cerca que necesita para no ser otra, para no ser tan distinta y lejana de ellas, las

cosas. En cambio, a viva voz o sin muchas referencias de autoridad, sin las voces fijas o definidas, más rústica y del mundo, simple como todo lo demás —se dice—, con la tonalidad acentuada, acaso, de la conversación sin citas. Los nombres fijos cobran la vida de los otros y esa es la manera de sobrevivir que de algún modo merecen como voceros, como luces para ver mejor o en conjunto, luces que, además, a plena luz del día pueden redundar en resonancias desapropiadas, en espejos de luz ajena.

¿Tendríamos que hablar de las disonancias entre lo propio de esta actividad, el pensar, y los referentes de su constante contraparte, polarizada con los distintos nombres de cuerpo, emoción, sensibilidad, sentimientos? ¿Sigue siendo hoy una cuestión filosófica la de los modos de pensar filosóficos, como aquellos que no caen en los vicios cansados de la dualidad? Me imagino que un pensamiento libre como la filosofía —suelto de alguna necesidad primaria a satisfacer— oriundo de un país como Argentina puede brotar más de una cruz que de genes puros. La imagino salida más de una experiencia macedoniana entre lenguaje y pensamiento que de la producción académica universitaria, aunque ambos ámbitos puedan coincidir. Más aún, se puede decir que la producción filosófica *en nombre propio* es menos frecuente que, siempre en Argentina, la producción en forma de ensayo, de literatura o de teoría en general, de poesía, de plástica o de música. Pero ¿cuál es el problema del “ejercicio de la cita” como ejemplarización recurrente de una intelectualidad más académica que poética, como si ello fuera signo de no poder pensar por sí mismo en un sentido fuerte? El prejuicio que se debería evitar es el de las fobias, muchas veces apoyadas en lo que alguien dice o lo que otro no pudo hacer o lo que se rechaza con ausencia de convicción real.

¿Qué se puede hacer sin mirar atrás, sin los otros nombres y con las solas herramientas de lo que hay a disposición más o menos cerca como para que alcancemos sin ayuda?; ¿qué sería esto último? ¿De qué trata la filosofía? Simplemente, un tema, una idea, una discusión, la motivación de un diálogo. Pero ¿sobre qué o, más bien, de qué modo la filosofía es filosófica?

Tal vez la sensibilidad exacerbada que ha hecho que “algunos” —¡y justamente ese es un punto crítico!— o para algunos las cosas, el mundo, las

acciones de los hombres, el sentido de la vida, o los secretos para vivir mejor, no sé, quizás algo de todo esto o todo esto esté de alguna manera dándole cuerpo a ese nombre antiguo, pero en cualquier caso siempre construyéndose a sí mismo como si fuera un poema comunitario esbozado a lo largo del tiempo y con los nombres variados de un voluntariado, con la agilidad singularizada de cada nombre propio pero a la vez compartiendo el común suelo de... el mismo nombre de la filosofía como... la inquietud de los hombres sostenida en el tiempo, gastando curiosidades a manera de...

La pregunta por la filosofía es ya una acción de algún modo permitida por la interrogada, lo cual no quisiera dar a entender que tendríamos que dar un paso atrás para darle a la interrogación mejores posibilidades de despliegue. A su vez, todo este discurso ya está ingresado también según la modalidad de un movimiento que se parece bastante a la filosofía; me refiero a “dar vueltas”, girar, merodear con ritmo inprogresivo, en torno a lo que fuere que llame la atención o requiera de ese tiempo pausado; o casi quieto, para dibujar los colores sueltos de la importancia, para inventar las palabras exactas de *lo que* se haya puesto ante los ojos, pidiendo más contornos, más danzas o ensayos de tonos para armar el objeto inexistente que destella ni bien lo frota el roce táctil de la mirada.

¿Por qué, para qué haría falta inventar más palabras, resignificar conceptos hasta la deformación o desarmar el lenguaje como si fuera código atávico con latentes arreglos posibles de hacerse, tonos diversos de lo mismo que siempre es lo mismo pero distinto, ensayo de otra gramática?

En cualquier caso, la espontánea coloración se compone a partir de la composición suscitada: ¿quién deseas ser, qué deseas que sea, por qué la mirás así como autoadjudicando falta de límite, como librado afuera a la buena de dios para ver de lo que se trata? Digo nuevamente, ¿para qué pensar una y otra vez que la materia es blanda y que el aire no tiene bordes si cada vez que estamos librados a vivir la inconfundible realidad está allí, otra y directa, sensible y al alcance de la piel y lista para estallar en todo lo que de ella quiera hacer quien quiera?

¿Dónde buscar ayuda para hablar de la filosofía, si de lo que se trata es de encontrar el testimonio de la propia experiencia? Se podría hacer un

paneo realista, que es más fácil, tomando como guía la sencillez de cosas dadas –si se permite la ingenuidad–, dadas según la inmediatez coloquial ya de los sentidos, ya del pensamiento o, ¿no son igualmente inmediatos, el pensamiento de sentirse vivo alguien, como tocar el agua con la mano, como sentir el calor del sol o sentir la piel de una mejilla besada? ¿Por qué sería diferente sentir que pensar, más aún, por qué la historia de la filosofía –tal vez más la moderna que las otras– habría distinguido una cosa de otra, para qué? ¿Es que acaso se instala ese matiz de distinción por encontrarse en nuestra vida tan simplemente como se encuentra el sol a pleno día, el apoyo de una mesa, el calor del fuego, la salvación de un abrazo?

Al mirar atrás, si la filosofía es un paso más profundo que el resto, una mirada distinta aunque mezclada en los días comunes; si ella pretende la excepcionalidad de la luz y de la totalidad, o la agilidad de la inteligencia que ve lo que no se ve pero es visibilidad para todos o de todos; si implican sus beneficios cierta lubricidad para vivir mejor o eludir perturbaciones. Ella es importante y es vituperada, se eleva y descende al tiempo que camina junto a la corrupción de las horas de todos aun cuando ensaye un dibujo más completo y a la vez más simple... ¿Será por todo esto más imantado su horizonte y conspicua su práctica inútil?

Junto a los hombres muertos y no tan vivos se extiende extemporánea en un solo registro diverso, llevado al paroxismo de constructos delirantes como tramas de arquitectura pero sin la vital utilidad; y, precisamente, la pregunta que molesta es la que le exige responda por su *vitalidad*. ¿Por qué hace falta la filosofía entonces si la humanidad al pensarse a sí misma ha dado algunos nombres conocidos, algunas ideas valiosas, pero el grueso de la historia de los acontecimientos reales toma los caminos pragmáticos de intereses y poderes que poco y nada tienen que ver con pensar? ¿Se puede decir que un estado piensa, tal como esperan que lo hagan tantos programas diseñados y sistemas dedicados al perfeccionamiento de ideas y a la lucidez de las opiniones filosóficas? Los tres carriles que la filosofía ha construido con bastante frecuencia, yo, los otros y el mundo, resbalan por la cifra de los acontecimientos logrando fusionar a veces la fuerza de su indagación con la vida cruda y contingente. Pero también

sucede algo diferente, sucede que esa fusión no se logra, y cierta distancia la aleja de la vida —acaso por la pura pasión del conocer— y es arrastrada como el *ángelus novus*, a un lugar paralelo y separado quedando enfrentada y sin contacto con los días vivos a los que el gesto de resguardar su cabeza quisiera rescatar.

La filosofía y la vida, la vida de la filosofía, ¿por qué esta relación ha forjado una imagen popular en la que ambas podrían quedar enfrentadas, desbalanceadas, incluso cuando es perfectamente sabido que no habría mejor destino para el pensamiento que redundar en un vivir mejor, en ser precisamente él la práctica más idónea para lograr la vida feliz, la vida buena y bella? Más que un error o una tendencia a sesgar la realidad, más incluso que la intención inevitable y no buscada por ver pensar y sentir como si estos tres fueran uno sólo. Las sensaciones y los sentimientos tienen un idéntico verbo en común: *sentir*. Podría ser ésta no una mera coincidencia sino, en cualquier caso, lo que ha resultado en el tiempo como cruce de significados, en parte equivalentes y en parte diferentes. Siento frío parece ser una sensación del cuerpo, siento amor es un sentimiento de... Un sentimiento, y como tal engendrado en un ámbito medio irrepresentable, aunque agraciado de una eficacia usualmente calificada como genuina, verdadera, como si el sentir fuese inequívoco. Y lo es, ¿no?

El acto de pensar, tal vez ligado a la quietud física con la que se ejecuta, no es el acto de vivir —se suele escuchar; es como si cada uno fuera el otro pero en un eje de experimentación diferente, tan temporalmente diverso uno de otro, según el antes y el después, que se separan como uno y otro. Como si el tiempo del vivir fuera otro respecto del tiempo del pensar. La vitalidad del pensamiento no es empírica, dicen no pocas filosofías, no es de la vida si ésta es el agua o un aroma amarillado, el sol enturbiado por el humo o la materia persistente de todos los días. Las cosas naturales o fabricadas están dispuestas allí afuera enclavadas en el espacio que media entre la superficie de la tierra y la completa atmósfera. ¿Por qué dualizar así sabiendo inmediatamente que en el propio centro de ese resultado anida la insoslayable tendencia holística, panteísta de la nodualidad, como un tono más de la vida indiferenciada? Creo que en todo esto lo que divide es el principio de identidad, nuestro viejo legado, ya

hoy no tan consolidado como fluido de la percepción, aun cuando no esté deslegitimado y criticado lo suficiente por la opinión *correcta* generalizada.

¿Es el pensamiento constante, es episódico, sucede como excepción inspirada, o simplemente es uno con la vigilia a la par de los minutos que se van llenando de miradas sensibles o imaginativas? Hay realmente pensamiento ausente, aburrido y desplazado al silencio embotado, que no piensa en nada ni tiene objeto u idea entre sus manos. La filosofía podrá ser entonces excepción. ¿Qué sabemos por ejemplo del espacio además de que abre las puertas o es la tierra, de los colores y de los miles de kilómetros diversos; qué sabemos de su permanencia abstracta y material, mental y del cuerpo? Sólo los sentidos –intuiciones de la sensibilidad para Kant–, decimos que dice la filosofía, sienten el espacio, pero los ojos lo ven, y ver es una apreciación diferente de lo mismo. ¿Ahí empieza todo para la filosofía que cree poder más conocer que pensar, más saber que sentir, más afirmar que preguntar? Algo en esta oposición suena artificial, o por lo menos hoy inapropiable.

¿Cuál es el poema que responde a la pregunta “qué es la filosofía” –por lo menos el poema en prosa?